

Una enfermera social de hace 20 años

El Nacional, 1956-08-28.

Cuando la señora María Maldonado de García llegó el 20 de setiembre de 1936 a La Guaira, las autoridades la trataron como "gente de gobierno". Después la llevaron por Pariata y la pusieron frente a un millar de llagados volcados en los viejos pabellones de Cabo Blanco. Venía contratada por el gobierno de Venezuela, al frente de un grupo de diez enfermeras, para hacerse cargo de la administración sanitaria del leprocomio.

Eran unos pasillos largos y estrechos, como gasas sucias, con unos espantosos huecos de habitaciones a los lados. En cada cuartucho se amontonaban dos enfermos con los bultos de sus pobres pertenencias, los colchones y las cocinillas de kerosén. Había un ambiente de abandono y de suciedad que no era para despertar ninguna gana de vivir entre estos enfermos de esperanza, desde luego.

Era inverosímil la libertad con que se entraba y salía del recinto del leprocomio, donde se amontonaba casi cuatro veces el número del cupo previsto, que era apenas de 300, aunque sin conocerse el número exacto.

La señora Maldonado de García comenzó por ahí, por hacer un censo, crear una enfermería desalojando un inmundo calabozo al que los enfermos tenían un terror supersticioso. Cuando ocurrió el primer caso de apendicitis, a los pocos días, costó trabajo convencer al enfermo que debía dejarse llevar al "calabozo". Pero lo cuidaron tan bien, "para vender la idea", que después todos querían llegar a la enfermería al menor contratiempo de salud. Ya se había ganado la gran batalla de la confianza. Poco a poco la señora María Maldonado, fue estudiando la especial psicología de los leprosos, que se amontonan con todo lo que poseen, y comenzó la reorganización. Y los leprosos le ayudaron con un entusiasmo que los doctores Martín Vegas y Bernardo Gómez advertían admirados. Formó el Comité Pro Bienestar de Cabo Blanco, integrado por los mismos lázaros; quienes crearon su cuarto artístico, limpiaron los jardines, organizaron veladas y bailes y giras a la playa. Y se produjo un notable cambio mental, emocional y físico en los enfermos. Estableció dietas adecuadas para los que tenían fiebre, las lactantes, las mujeres en estado (que el terrible mal no perdona circunstancias) sustituyendo el rancho único. Y creó una sala de operaciones, donde podían dar a luz, "aunque con el terrible dolor de quitarle su hijo en cuanto naciera".

Y cuando al año, en la ocasión de una visita al Leprocomio de Cabo Blanco, el Dr. Molloy, de la Rockefeller Foundation, le dijo: "su lugar está en la Salud Pública, usted hace falta en ese campo, no se puede enterrar aquí", los leprosos de Cabo Blanco la vieron ir con una conmovedora tristeza en los ojos.

-2-

A pesar del eco venezolano de los apellidos, la señora María Maldonado de García es portorriqueña, con treinta años dedicada a la enfermería en Venezuela, México y su propio país al servicio de la Organización Mundial de la Salud, organismo de las Naciones Unidas. En las cartas escritas durante estos días para aceptar su renuncia, las autoridades sanitarias de Puerto Rico hacen el mejor de los elogios para una mujer que ha dedicado su vida a gentes que no conocía y a quienes nunca preguntó qué pensaban en política, a que raza pertenecían, cuál era su nacionalidad o que religión practicaban.

Cuando llegó a Venezuela por un año, se quedó cinco. Y si no es porque la segunda guerra mundial le arrancó sus hijos para dejarle la angustia de sus nietos, acaso no hubiese salido más de Venezuela. Ahora regresa en la oportunidad de visitar a su hijo Alberto, que quedó aquí y tiene familia venezolana, y está curiosa por ver cuánto ha cambiado el país, y dónde están los escenarios de sus trabajos y dónde los amigos que hizo. Y ha sido una oportunidad grata de evocación.

Cuando llegó a Valencia, "un poco apurados, eso sí, porque era la tarde", hace sólo unos días, no encontró el lugar donde organizó la primera Unidad Sanitaria del país, su destino después de dejar el Leprocomio de Cabo Blanco.

Aunque de signo distinto fue un poco como cuando llegó a Valencia aquella mañana de 1937 y se enfrentó al santo y seña de la pacatería provinciana frente a una mujer sola buscando habitación. Le agotó moralmente el peregrinaje inútil ante puertas y gestos entornados. Y como a las cinco de la tarde dio con la inevitable "Pensión Familia" de la provincia venezolana donde alguien escuchó a la mujer con paciencia suficiente para aceptar sus explicaciones. Después, Valencia ha sido uno de sus mejores recuerdos. Reunió allí algunos servicios dispersos de puericultura, gota de leche y tuberculosis, y el Dr. Briceño Rossi le propuso organizar la primera Unidad Sanitaria del país. Con la inapreciable ayuda de la venezolana Elvia D'Hers, tuvo que pelear al principio en un campo social muy limitado por los prejuicios que cercaban las actividades de una mujer dedicada un trabajo tan osado como el de la enfermería social. Fue un gran problema conseguir formar un reducido grupo de 12 estudiantes de 4º grado para adiestrarlo en las labores elementales de enfermería. Pero a los cuatro meses estaba el grupo listo para salir a trabajar. Emprendieron una vacunación masiva contra la viruela, haciendo contactos casa por casa, venciendo la resistencia natural de las gentes a dejarse inyectar. Después realizaron un censo de tuberculosos, una vacunación contra difteria, atendieron la alta mortalidad materna mediante instrucción a las embarazadas con los elementos de educación sanitaria indispensables. El objeto de la Unidad Sanitaria era la labor preventiva, pero antes había que apechugar con lo que había delante, y en lugar de dedicarse a "curar en sano" a los niños había que pelear en varios frentes a la vez. Uno de ellos muy grave, combatir la labor empírica de las comadronas, que con la misma media negra, y el aceite que atendían a la vaca ayudaban en el parto a la mujer. Acompañaba al Dr. Ripert, en la visita diaria, desde la mañana a la noche, buscando de comer donde podían, a los caseríos para curar ambulancias de enfermedades venéreas y de malaria, asignando un día a cada sector rural.

Al año de estar en Valencia fue transferida a Maracay, donde también fue "comenzar desde el principio", pero ya con la ayuda de enfermeras formadas en el país. La segunda Unidad Sanitaria en Venezuela la fundó en una casa de la avenida principal, donde está hoy el Seguro Social. Las enfermeras adiestradas podían ejercer de polivalentes, atendiendo lo mismo a un niño recién nacido como a una mujer embarazada, un caso de higiene mental o de desnutrición. Todavía recuerda la señora Maldonado de García algunas enfermeras que se graduaron con ella, como Vicenta Lara, Rosa Iñango, Ofelia Tapia, Elvia D'Hers y las señoritas Maldonado y Monagas, que tanto le ayudaron en sus actividades aquí. En Maracay consiguió también entrenar un pequeño grupo que se dedicó mayormente a las enfermedades venéreas y la malaria, los flagelos más urgentes. Se reorganizó la estación de leche, interesando a las madres que venían a buscarla en los elementos más indispensables de higiene y atención infantil para el desarrollo y crecimiento normal del niño. Y después de otro lapso, a Barquisimeto, donde durante dos años en una casa que quedaba en frente de la del Dr. Honorio Sigala, entonces Presidente del Estado, hizo frente a una terrible epidemia de viruela brava, lo que llamaban alasirin, organizando un hospitalillo para ingreso haciendo uso de una vieja hacienda.

Y aquí también, en lugar de hacer labor de prevención tuvo que dedicarse, forzada por las circunstancias, a crear un hospital, donde murieron hasta valiosos médicos. Casi al mismo tiempo se desarrolló la terrible "fiebre fría", el paludismo. El Dr. Germán Figueroa, hoy en Ginebra trabajando para la Organización Mundial de la Salud, como director, y el Dr. Santiago Ruesta como asesor, descubrieron el foco en una quebrada y el combate fue eficazísimo. También era verdad que la gente moría "un poco por hambre y otro poco por fiebre", y muchas veces la medicina que tenían que procurar para los pacientes era carne y otros alimentos. Cuando la malaria y la viruela bajó bastante, se produjo una peligrosa mortalidad infantil por gastroenteritis, que se combatió con eficacia. La señora Maldonado de García, organizó también un grupo de comadronas empíricas mediante cartelones audio-visuales con gran resultado de colaboración, y ayudó al Dr. Zubillaga dando unos cursillos en el Hospital de Niños. Y estando en esta tarea estalló la guerra, que le arrancó sus hijos. Y la abuela que era doña María tuvo que salir a ser el consuelo de sus nietos.

-3-

Después ha continuado trabajando en ese su noble frente de la enfermería, ayudando a gentes de México y Puerto Rico en la misma campaña por la salud de las gentes sin importarles el color de su bandera o de su piel, o el matiz religioso de sus creencias, empeñada en evitarles enfermedades y sufrimientos.

Todavía, como quedan las cosas buenas, se utiliza en Venezuela el sistema francés de archivo para planear labor de atención diaria en la Unidad Sanitaria que ella comenzó hace veinte años escribiendo una a una las tarjetas a mano en los ratos que la dejaba libres la atención personal a los enfermos. Y queda en Venezuela su ejemplo como un noble lazo de comprensión entre los pueblos.

Y ahora que ha renunciado a su empleo en la Organización Mundial de la Salud, la entidad que reúne 85 países en su hermosa labor por prevenir las enfermedades de la humanidad en los terribles frentes de la malaria, la higiene mental, el cáncer o la desnutrición va a dedicarse a escribir un libro que constituye un aporte a la enfermería, especialidad a la que se ha dedicado durante toda su vida.

– Y va a ser un poco revolucionario –dice.

La señora Maldonado de García sostiene que la enseñanza de la enfermera debe comenzar desde su formación primera por situarla en la familia sana, con sus lazos, sus afectos, sus problemas, para ir ingresando después en el campo de las enfermedades, los elementos adversos a la salud y a la vida, a fin de que cuando le toca tratar a su paciente lo considere como algo más que un elemento anatómico, de forma que integren desde un comienzo el aspecto social en el estudio de la enfermería y no a los tres años, como se hace ahora.